

Rebeldía permanente

Beatriz Lucía Cano

Anna Ribera Carbó, *La Casa del Obrero Mundial. Anarcosindicalismo y revolución en México*, México, INAH (Científica, Serie Historia), 2010.

Hasta hace pocos años, la Casa del Obrero Mundial no había sido representada de manera puntual en la historiografía nacional. La mayor parte de los estudios generales sobre la Revolución mexicana se limitan a mencionar su aparición y, sobre todo, centran su atención en los Batallones Rojos. No se había expuesto cuáles fueron las razones por las que surgió un movimiento obrero, cuáles eran sus influencias ideológicas y qué trascendencia tuvo, ni la proyección del sindicalismo. Por lo anterior es de congratularse ante la aparición del libro *La Casa del Obrero Mundial*, en el que —así se subraya en la introducción— busca contar cómo un grupo de hombres en tan sólo tres años se convirtieron en 90 000. Apartándome un poco de la reseña convencional, haré una relación de los puntos más re-

levantes que Anna Ribera Carbó aborda en su texto.

Nuestra autora en primera instancia hace referencia a que entre 1900 y 1910 los obreros recobraron el impulso organizativo merced a la influencia del Partido Liberal Mexicano, mismo que incluía en su programa varias medidas de carácter laboral. Con la intención de alejar a los trabajadores de la militancia colectiva, en 1909 el gobernador del Distrito Federal, Guillermo de Landa y Escandón, trató de agruparlos en la Sociedad Mutualista y Moralista de Trabajadores del Distrito Federal. Esta acción evidencia que las clases trabajadoras se habían convertido en nuevos actores sociales gracias al crecimiento económico, motivo por el que era necesario tener un control estricto sobre ellos. Sin embargo, para 1910 los trabajadores intervinieron en la política y contribuyeron a la fundación de clubes antirreeleccionistas. La caída del régimen porfirista abrió espacios de participación democrática que los trabajadores aprovecharon para organizarse. En las elecciones legislativas de 1912, algunos partidos y clubes políticos propusieron candidatos del sector proletariado

que tuvieran una plataforma obrerista, pero no lograron representación alguna. Ante la efervescencia obrera, Francisco I. Madero decidió intervenir, pues estaba preocupado por una posible alianza entre los trabajadores del campo y la ciudad. Así, el 11 de diciembre de ese año se creó el Departamento del Trabajo que tenía el objetivo de resolver los problemas obrero-patronales, sobre todo por el gran número de huelgas que se habían producido entre enero y septiembre de 1912.

Ribera Carbó advierte que si bien se realizó la Convención Obrera de 1912, los conflictos continuaron pues los gremios buscaban la sindicalización y la obtención de objetivos económicos. El 12 de mayo de 1911 se fundó la Confederación Nacional de Artes Gráficas a instancias de Amadeo Ferrés, quien propugnaba por la difusión de las ideas del socialismo libertario, buscó la separación de las agrupaciones obreras de la política, proponía la acción directa y el enfrentamiento con los propietarios. El 29 de junio de 1912 se constituyó el Grupo Anarquista Luz, que publicó un periódico y creó una escuela racionalista inspirada en la Escuela Moderna de Francisco Ferrer Guardia. Los

principios de Ferrer serían difundidos en México por Juan Francisco Moncaleano, lo que le valió ser expulsado del país, aun cuando su impulso sería fundamental para sustentar el proyecto de educación racionalista. Junto con él serían aprehendidos otros miembros, los cuales fueron liberados el 17 de septiembre de 1912. Cinco días después se organizó un mitin que culminó con la creación de la Casa del Obrero, heredera inmediata de la agrupación antes mencionada. Los principales objetivos de dicha organización eran la divulgación ideológica y labor educativa. Al mismo tiempo dedicó clases, abrió bibliotecas dedicadas al anarquismo y dirigió reuniones públicas. Cabe destacar que los fundadores y los primeros miembros provenían de círculos mutualistas o de resistencia, aunque también se integraron la clase media e intelectuales radicalizados. Diversas asociaciones se afiliaron a la Casa del Obrero porque ésta estaba bajo la directriz de la doctrina anarcosindicalista. Este hecho provocó que este organismo y el Departamento de Trabajo entraran en competencia por el control e influencia sobre los trabajadores y sus conflictos. El gobierno de Madero también buscó presionar a la Casa, pues la consideraba un centro de propaganda “catastrófica”. Pese a las fricciones, la Casa se convirtió en un medio que propició la creación de sindicatos y la acción directa por medio de la huelga.

Por su carácter educativo y organizacional, la Casa del Obrero Mundial sería fundamental para que se transitara de las sociedades mutualistas a los sindicatos. También se convirtió en el organismo que encabezó la lucha por la obtención de mejores salarios, menores jornadas

de trabajo, una mayor educación y moralización. Asimismo cristalizó el proyecto de establecer una federación que agrupara a los sindicatos y grupos obreros de la capital y otras ciudades. Tanto en el gobierno de Madero como en el de Huerta, la Casa se mantuvo al margen de hacer comentarios políticos, pues se presentaba como institución educativa. Sin embargo, paradójicamente, Huerta sería quien les otorgaría mayor libertad para realizar sus labores de organización y sus actividades educativas, pues temía que sus afiliados se unieran al Constitucionalismo. Es así como permite organizar la primera manifestación del 1 de mayo, acto que serviría para que se le agregara el calificativo de “Mundial” como un homenaje a los caídos en Chicago. La celebración no sólo mostró su fuerza de concentración, sino también el carácter veladamente opositor al régimen.

La convocatoria a una reunión sindicalista, el 25 de mayo de 1914, provocó el enojo de Huerta que dictó órdenes para impedir su realización. Pese a las amenazas, la agrupación realizó la reunión y manifestó su repudio a Huerta, lo que ocasionó el encarcelamiento y expulsión de algunos de sus miembros, situación que motivó a reiterar que su labor no era política y que proseguirían en su lucha por conseguir mejoras en el trabajo y derechos ciudadanos. Es importante mencionar que no todas las organizaciones obreras buscaron unirse a la Casa del Obrero, sobre todo porque ésta planteaba desde las páginas de *El Sindicalista*, periódico fundado en septiembre de 1913, que la huelga y el boicot eran las dos palancas de la acción sindical. De acuerdo con Ribera Carbó, Huerta toleraba

estas acciones debido a que las consideraba una fuente de reclutamiento militar y político.

Ribera Carbó puntualiza que el 1 de mayo de 1914 la Casa intentó crear la Confederación General Obrera de México, la cual tenía una estructura más centralizada y con estatutos formales para los sindicatos de la capital del país. Esta acción no agradó a Huerta, por lo que determinó clausurar la Casa, misma que volvería a abrir sus puertas tras la entrada del ejército constitucionalista. Este acontecimiento sería central para la vida de dicha asociación, pues los constitucionalistas simpatizaban con los movimientos laborales motivo por el que Obregón les entregó el Convento de Santa Brígida y el Colegio Josefino para que instalaran sus oficinas, además de que la prensa oficial les cedía sus páginas para que manifestaran sus opiniones. A pesar de la cercanía que establecieron con el nuevo régimen, los miembros de la Casa buscaron mantener el apoliticismo, situación que no se quedó como mero discurso, pues conservaron una actitud expectante cuando Carranza ocupó la capital. La agrupación tampoco manifestó apoyo a los villistas y zapatistas. Si bien es cierto que sus integrantes simpatizaban con los campesinos, no lograron establecer vínculos debido a que los primeros promovían el internacionalismo, mientras los segundos apelaban a lo local. Y probablemente también porque los trabajadores urbanos no se sentían representados en las luchas agrarias. Para garantizar la adhesión del sector obrero, los constitucionalistas intervinieron para resolver el conflicto entre el Sindicato de Electricistas y la Compañía de Teléfonos y Telégrafos. Este hecho propició que

la Casa y el gobierno firmaran un pacto, en febrero de 1915, que sentó la base de las relaciones entre las dos partes, mientras unos se comprometían a prestar apoyo militar, los otros dictarían leyes para mejorar las condiciones laborales. El acuerdo no fue bien recibido por todos los obreros y algunos sectores se negaron a incorporarse a la alianza, pues la consideraban una contradicción porque se abandonaba el apoliticismo.

Sin embargo, Anna Ribera plantea que esta faceta para la organización fue relativa, pues no promovió a sus miembros para que ocuparan puestos políticos; sin embargo, los dirigentes obreros se dieron cuenta que su inclusión les permitía tener mayor participación social. La autora menciona que la presencia de la clase obrera en el ejército no sólo garantizaba fuerza militar, sino también legitimidad social. Con la intención de evitar que los obreros desempeñaran un papel militar autónomo, Venustiano Carranza ordenó la creación de seis batallones cuyas jefaturas no recaían en los obreros. En términos militares, la contribución de los batallones obreros fue menor, pero su mayor impacto consistiría en el fortalecimiento ideológico y de legitimidad social. Pese a que se establecieron filiales de la Casa del Obrero Mundial y numerosos sindicatos en el país, el proyecto de alcanzar la revolución libertaria desde el constitucionalismo no fructificó, pues éste le otorgó mayor peso al Departamento de Trabajo. Al regresar los constitucionalistas a la capital tuvieron que cumplir las promesas que hicieron a los obreros, razón por la que Pablo González —en representación del gobierno constitucionalista— emitió un decreto el 30 de agosto de

1915, en el cual se confirmaba la jornada de 8 horas, descanso dominical y compensación de tres meses en caso de despido. La Casa dedicó la mayor parte de su tiempo a buscar la sindicalización de los trabajadores que se encontraban en el bando carrancista. Con el apoyo de esta organización se realizaron diversas huelgas que se tornaron más serias y amenazadoras para los propietarios, convirtiéndose en un problema para Carranza, pues ya no representaban un grupo estratégico en lo militar e ideológico. El mandatario estaba convencido de que los trabajadores debían deponer su actitud combativa en aras del restablecimiento del orden institucional, pues el Estado era el único que debía realizar las reformas sociales.

Por último, la autora hace una relación de la culminación del movimiento obrero. Para enero de 1916 comenzó una política de represión contra la Casa del Obrero Mundial que consistió en la detención de sus líderes, la restricción de actividades y el retiro de subsidios. Ante estas acciones, la asociación determinó que se debía crear un movimiento obrero independiente y de carácter nacional. Al ser más enérgicas las demandas de los trabajadores, se suscitó una crisis entre la agrupación y el gobierno, que no estaba dispuesto a ceder a las demandas de los sindicatos. La acción huelguística iniciada el 22 de mayo de 1916 daba cuenta de la existencia de una corriente obrera independiente y poderosa, pero también de la perspicacia del régimen constitucionalista para desactivar el movimiento. Ante la coerción del gobierno, el 27 de julio se anunció un paro general de labores para presio-

nar a las autoridades. Los trabajadores formaron tres comités de huelga que incluían militantes de base, pues los dirigentes estaban encarcelados. El 31 de julio estalló la huelga general, en la que estuvieron involucrados 82000 obreros. Carranza ordenó que se detuviera tanto al Comité de Huelga como a los principales líderes. Por consejo de Álvaro Obregón, quien simpatizaba con los obreros, se tomó la decisión de cesar el movimiento. El fracaso representó el fin de la historia de la organización. Es importante mencionar que la política de Carranza hacia los obreros combinaba la represión con prebendas económicas, situación que sentó las bases de la relación que en el futuro mantendrían los trabajadores y el Estado. Aunque el proletariado buscaba mantener su independencia e ideología, la realidad no les permitió llevar a cabo todos sus propósitos. Así, la Casa del Obrero no logró hacer su propia revolución libertaria, pero lo paradójico del asunto es que el discurso oficial utilizó su imagen para enfatizar dos aspectos: su lucha sindicalista y su política de reivindicación de los derechos laborales de los trabajadores.

El discurso legado por la Revolución triunfante olvidó mencionar que el anarquismo era la ideología que predominaba en las reflexiones de la Casa del Obrero Mundial. Es evidente que esta agrupación se convirtió en la organización de trabajadores más poderosa de la capital, así como en un elemento clave de las luchas sociales de la Revolución; no sólo se convirtió en un catalizador para la creación de sindicatos, sino también en un centro cultural en el que se promovió la creación de una escuela racional-

lista, la edición de periódicos y se dictaban conferencias. A partir de la experiencia de este organismo, los obreros lograron obtener protagonismo como actores públicos. Las prácticas del anarcosindicalismo permitirían que los grupos políticos impulsaran reformas sociales en un sentido obrerista.

El libro de Anna Ribera Carbó reconstruye de manera magistral la historia de la Casa del Obrero Mundial, los debates en los que estuvo inmiscuida, la manera en la que creó conciencia de clase entre los trabajadores, pero sobre todo la forma en la que se convirtieron en actores sociales visibles. No me cabe

la menor duda de que este libro se convertirá en un clásico de la historiografía obrera, en particular, y de la Revolución mexicana, en general, debido a que aporta nuevas evidencias documentales y una interpretación novedosa de la actividad de los obreros durante el periodo revolucionario.

Vademecum del Palacio Nacional

Salvador Rueda

Palacio Nacional. Reflejo vivo de una nación, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 2005.

“El espacio se mide por el tiempo”, afirmaba Jorge Luis Borges en su prólogo a *Los nueve libros de la Historia* de Heródoto, texto primigenio en la apelación al pasado con mirada inquisitiva y con propósitos de verificación. Borges se refería a la medida del espacio marcado con los ritmos de los pasos del viajero: el tamaño del mundo, de los mares y regiones, de las ciudades y de sus edificios podía calcularse según los itinerarios que se gastaba en recorrerlos; pero Heródoto también medía al mundo y al espacio en otro sentido: sus paisajes eran no sólo los presentes, sino los atestiguados por la memoria, la tradición, los monumentos antiguos y la posibilidad de relatar el horizonte visible desde sus más oscuros orígenes.

Un sentido similar puede descubrirse en el libro *Palacio Nacional. Reflejo vivo de una nación*. El tamaño de este edificio se mide con su tiempo histórico y, ahora, con los pasos que se podrán invertir en recorrerlo. Con una ventaja sobre la aventura de Heródoto —y de la mayor parte de los viajeros anteriores por el palacio—: se tiene una guía de mano que sirve de carta de navegación segura por este espacio, que es abreviatura de nuestra historia. El asunto podría parecer de importancia menor, pero creo que, si lo pensamos un poco, no lo es tanto. Los textos anteriores sobre este tema mantienen un halo misterioso sobre la realidad física de este edificio, que para buena parte de los mexicanos sólo es la fachada que cierra el oriente de la Plaza Mayor de la ciudad de México. Podríamos repetir, como si no hubiese perdido actualidad, aquella frase de los *Diálogos* de Cervantes de Salazar: “¡*quanta et quam munita facies!*”, “¡cuán extensa y fuerte es su fachada!”, aun-

que sabemos que la forma fortificada del palacio en tiempos de Cervantes de Salazar —el mediodía del siglo XVI— hace siglos que se cambió por la del edificio de corte más civil que hoy se ve. Pero regresemos a la idea central: es decir, que para buena parte de nosotros, el interior del edificio se reduce a unos patios y algunos salones, a la fuente del Pegaso, las escaleras principales y los pasillos que llevan a los recintos museísticos, a oficinas o a detenernos en la narración de la historia mexicana según ese evangelista y mitógrafo que fue Diego Rivera. Así, al leer relatos sobre sucesos dentro del palacio hemos tenido que reconstruir el contexto físico para imaginar las circunstancias y los hechos. A manera de simple ejercicio probatorio, permítaseme usar algunos ejemplos que he escogido arbitrariamente, y sirven además para ubicar la estirpe del libro que ahora presentamos.

En 1936, don Artemio de Valle-Arizpe publicó en un grueso volumen